INVESTIGACIONES Y EXPERIENCIAS

REFLEXIONES SOBRE LA EDUCACION EN LA TERCERA EDAD

Mª ROSARIO LIMON MENDIZABAL (*)

«La vejez no necesita ser un período de opaco aburrimiento; por el contrario, muy bien puede ser sumamente ocupado, siempre en medio de alguna actividad o proyectando algún plan. Acordémonos de Solón, que cuando envejeció, decía: aprendo algo nuevo cada día.»

(Cicerón, «Diálogo sobre la vejez»)

1. LA TERCERA EDAD EN ESPAÑA

La «tercera edad», como sector de la población, ha ido adquiriendo una importancia progresiva en estos últimos años, en los niveles social, económico y político, debido fundamentalmente a su cada vez mayor peso demográfico en relación con el total de la población. La existencia de una creciente proporción de personas mayores de sesenta años de edad depende de múltiples factores, aunque se pueden destacar dos principales: por una parte, el avance de la medicina, con la consiguiente reducción de la morbilidad y la mortalidad, una mayor higiene, unas mejores condiciones de vida y el progreso de una adecuada alimentación, que han elevado considerablemente la esperanza de vida; y por otra, la constante disminución de la natalidad.

Un reciente informe de la Organización de las Naciones Unidas, fundamentado en los trabajos presentados en la Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento organizada por este organismo y celebrada en Viena (26 julio-6 agosto) en 1982, con la asistencia de representantes de 120 países revela cambios profundos en la estructura de edades de la población mundial. Entre otros datos de interés, el mencionado informe asegura que la explosión de nacimientos ha concluido y el ritmo de crecimiento de las personas mayores de sesenta años supera el de todos los demás grupos de edades. Hacia el año 2025 se calcula que habrá más de mil

(*) Universidad Complutense.

millones de personas mayores de sesenta años. Por primera vez en la historia de muchos países los ancianos serán más numerosos que los jóvenes.

Por ello, una de las primeras conclusiones de la citada Asamblea Mundial sobre el Envejecimiento fue iniciar un programa o plan de acción internacional encaminado a garantizar la seguridad económica y social de las personas de edad, así como ofrecer oportunidades para que esas personas contribuyan al desarrollo de sus países. De esta forma se instó a todos los Gobiernos a que incluyeran en su agenda política el tema de la vejez como algo prioritario.

En España, según datos facilitados por el Instituto Nacional de Estadística, como avance de resultados (diciembre, 1983) del último censo de población llevado a cabo en 1981, la población total española es de 37.680.947 personas (18.490.379 varones y 19.190.588 mujeres). Las personas que superan los sesenta y cinco años de edad en España son 4.260.358, de las que 1.741.022 son varones (40,86 por 100) y 2.519.336 son mujeres (59,14 por 100); lo que representa el 11,3 por 100 sobre el total de la población española. Pero si añadimos las personas comprendidas en el quinquenio de sesenta-sesenta y cinco años de edad, el total de la población española mayor de sesenta años asciende en 1981 a 5.874.465 habitantes (2.471.711 varones y 3.402.754 mujeres); lo que representa el 15,6 por 100 sobre el total de la población nacional.

El envejecimiento de nuestra población progresará, de acuerdo con las proyecciones elaboradas por el Instituto Nacional de Estadística, de la siguiente forma:

Año	Personas de 65 años y más	Porcentaje
1981	4.260.358	11,31
1990	4.738.141	11,87
1995	5.239.395	12,85

Nos encontramos también con que el nivel educativo de los individuos de la «tercera edad» en España, según los estudios realizados, es realmente bajo, ya que la mayoría de ellos, por circunstancias sociales, políticas y económicas, tuvo que incorporarse rápidamente al mundo del trabajo; así (según los datos del último censo de 1981), el 21,5 por 100 son analfabetos y el 31,8 por 100, aunque sepa leer y escribir, no ha realizado ningún tipo de estudios. Resulta, pues, que más de la mitad de la población de edad se encuentra en la categoría que podríamos llamar «analfabetos funcionales» (53,9 por 100). Si a estos añadimos los que no han terminado los Estudios Primarios (13,3 por 100), vemos que dos terceras partes de este sector, exactamente el 66,6 por 100, no han recibido nunca una enseñanza escolar formal completa mínimamente sólida. El 24,4 por 100 ha realizado Estudios Primarios completos; el 2,5 por 100, estudios de Bachillerato Elemental y el 1,9 por 100, Bachiller Superior. Por el contrario, sólo un 4,4 por 100 (2,4 por 100 en Escuelas Universitarias y 2 por 100 en Facultades y Escuelas Técnicas Superiores) ha realizado estudios de grado medio o universitario; lo que nos dice a las claras la tremenda marginación y discriminación de esta generación respecto a la educación. Más grave es la situación de la mujer en la «tercera edad» en España, pues sólo un

5 por 100 ha logrado pasar la barrera educativa constituida en aquel momento por la enseñanza primaria completa (Del Campo y Navarro, 1981).

La «tercera edad» española plantea problemas sociales concretos e implicaciones en los niveles económico, político, sanitario, familiar, «habitacional», educativo y cultural.

2. LA TERCERA EDAD COMO PROBLEMA Y COMO POSIBILIDAD

Al hablar de «tercera edad» nos referimos a un colectivo amplio de personas que asume los matices que aparecen en los distintos términos con los que se les nombra: jubilados, retirados, pensionistas, ancianos, viejos, nuestros mayores. (Actualmente se distingue una «cuarta edad» cuando la persona experimenta una pérdida notable de facultades y, con ello, su autonomía personal.)

Este colectivo tiene una importancia considerable, como ya hemos señalado, desde un punto de vista cuantitativo. Pero su importancia reviste otro carácter más humano y profundo, que podemos sintetizar, en primer lugar, en sus dificultades de adaptación en una sociedad en cambio acelerado y, en segundo lugar, en la poca acogida de la sociedad industrial a las personas que la integran.

La sociedad industrial ha generado una serie de fenómenos que afectan directamente a esta población, entre los que destacamos los siguientes:

- El tránsito de la familia patriarcal a la familia nuclear. Las familias se dispersan.
- La experiencia deja de ser la principal fuente de conocimiento.
- La producción se erige en valor dominante.
- El consumo es factor fundamental para la valoración de la persona y de los grupos sociales.
- La sociedad se urbaniza, tecnifica y dinamiza.
- Hay un desplazamiento masivo de una sociedad rural a una sociedad urbana.

Es una constante que la sociedad industrial, fundada en el principio del rendimiento, ha impuesto un giro a la dinámica social; y los cambios sociales siempre generan conflictos en los grupos sociales más vulnerables. En el marco de este sistema socioeconómico a la «tercera edad» se le asigna un papel marginal; es decir, en una sociedad competitiva y consumista, la vejez es justo lo contrario de lo deseable. La vejez, que es un estadio natural de la persona, ha quedado identificada con una situación social: la jubilación.

La «tercera edad» como problema

Por supuesto, no todos comparten los mismos problemas ni la misma situación. En la «tercera edad», como grupo humano, se reproducen las diferencias es-

tructurales y las estratificaciones de la sociedad en la que se está inserto. Pero hay unos aspectos fundamentales en los que se refleja mayoritariamente la problemática global de la «tercera edad» (Murga y Berzosa, 1981, p. 29):

- Las pensiones, que reducen una autonomía económica.
- La vivienda como alternativa para una vida individual y comunitaria.
- La insuficiencia de una infraestructura asistencial sanitaria y recreativa.
- La no preparación para vivir el tiempo libre en términos de ocio creativo.

Con la llegada de la vejez, según De Beauvoir (1979), el sujeto se encuentra en una situación caracterizada por:

- Sufrir un período de deterioro psicofísico, con pérdida de capacidad de adaptación.
- Disminución de las posibilidades económicas.
- Pérdida de los lazos comunicativos familiares y laborales.
- Dificultad de desenvolvimiento en un medio, en general, ambientalmente hostil.

Y si a esto añadimos los estereotipos que sobre la vejez imperan en nuestra sociedad, todo ello provoca que la «tercera edad» mantenga unas pautas que refuerza, entre otros, los aspectos siguientes: una introspección constante, el aferrarse a un pasado, sentimientos de inferioridad, actitud pasiva y vivencia de su propia inutilidad, que, en definitiva, consolidan la tendencia social a marginarse y que llevan a la vivencia de un sentimiento devaluado de la vejez.

Es necesario trabajar en la consecución de un profundo cambio cualitativo en el concepto de «tercera edad» a fin de que ésta sea considerada como una etapa más en la vida humana y el envejecimiento sea concebido como un proceso continuo y no como una situación de ruptura o debilitamiento que aparece en las últimas fases de la vida.

Este cambio debe conseguir, entre otras cosas, que esa etapa de población llegue a participar, como otros sectores, en el enriquecimiento y la transformación de la vida social. La «tercera edad» debe tomar conciencia de su utilidad y de su necesaria participación social. Y así, esta etapa se vivirá no como un problema, sino como una posibilidad.

La «tercera edad» con sentido

Es necesario aprender a vivir esta etapa, y ante la supresión de la actividad laboral remunerada habrá que pensar en otras ocupaciones si no remuneradas, sí diversificadas y realizadoras. Será necesario aprender o dedicarse a algo nuevo. Será necesario vincularse a otros grupos sociales o asociaciones, que aunque no tienen un carácter primario como la familia, es mucho lo que a esos grupos pueden aportar. Es necesario el acercamiento a la cultura como medio para una mayor comprensión y vinculación con el tiempo actual, las presentes circunstancias y la

nueva sociedad y, al mismo tiempo, mantener en forma las propias facultades mentales. Es necesario concebir la «tercera edad» como «un tiempo para vivir» (Berzosa, 1982, p. 14), para disfrutar, para hacer realidad el futuro mejor deseado (gran parte de nuestra vida se consume en un tiempo apretado de trabajo, de proyectos que no hacemos, de *hobbies* a los que no dedicamos tiempo).

La educación de las personas de edad es considerada como una consecuencia necesaria de la educación permanente y definida como un medio para facilitar el ensanchamiento de sus espacios de vida, en términos de creatividad, autonomía y participación social.

Considerar la situación de las personas de edad en una óptica educativa es una perspectiva nueva a nivel mundial, ya que este grupo de edad ha sido tratado fundamentalmente desde el punto de vista de la salud, de la asistencia, de la seguridad social.

La educación de las personas de edad tiene implicaciones profundas para la sociedad en su conjunto. Messina (1981) señala que ello supone, en efecto, el cambio de la finalidad social asignada a la educación, así como de la organización del sistema educativo. La educación deja de ser pensada como una socialización, una asimilación de reglas y una adquisición de competencias con vistas a la inserción en el mundo del trabajo; se transforma en un proceso permanente, centrado sobre el hombre y sus necesidades. Esto implica una extensión de las estructuras de educación no formal y la aparición de nuevas vías para el aprendizaje.

La educación para las personas de edad constituye, por parte de la sociedad, una redefinición de las relaciones entre los grupos de diferentes generaciones con el fin de asegurar entre ellos vías de aprendizaje con orientación múltiple y carácter abierto y voluntario, así como una distribución justa de recursos, de tal manera que la edad no intervenga como factor de discriminación y de control.

La jubilación debe analizarse como una parte integrante de la existencia y no como un final brusco y artificial de la vida profesional. En este sentido, es fundamental ver en la educación un proceso que permite ayudar al trabajador que se aproxima a la jubilación y al que ya está jubilado a comprender, mejorar, adaptarse y progresar en su nueva situación, aprovechando toda la variedad de actividades que repercuten en su equilibrio físico, psíquico y moral.

La evolución de la sociedad respecto a la solución de los problemas de la «tercera edad» ha ido en línea directa con el creciente ámbito de actuación y de poder de lo que se ha dado en llamar «los Estados benefactores». Así, la tendencia ha sido a atender su problemática desde concepciones meramente asistenciales y benéficas. Las instituciones no estatales han seguido en el reciente pasado la misma tónica. Pero hoy hay un consenso y una voluntad social y política desde la que se puede afirmar que la dinámica de relación con la «tercera edad» tiene que discurrir por caminos menos asistenciales y más de derechos cívicos y de atención «cualificada»; es decir, en términos de prenvención, rehabilitación y promoción.

En esta etapa se debe seguir siendo protagonista del quehacer cotidiano, entendiendo que en esta nueva situación el tiempo tiene el sentido profundo de ser vivido en plenitud.

3. PREPARACION PARA LA JUBILACION

La jubilación es una figura creada por la sociedad moderna y a la vez un reto para ella. Es una etapa nueva que impone la propia dinámica del desarrollo industrial. Hoy es fácil encontrarnos con personas que viven diez, quince o veinte años después de acceder a la jubilación. Posiblemente estos períodos aumenten, bien sea porque nos iremos jubilando con menos edad (actualmente a los sesenta y cinco años, aunque hay trabajadores que por la crisis de empleo se jubilan antes) o porque la vida se va prolongando y llegar a octogenario con lucidez y autonomía física no es una fantasía de ciencia-ficción.

Esta situación conlleva la aparición de un colectivo de personas que transforman cualitativa y cuantitativamente las relaciones sociales dentro de la comunidad. La problemática de estas personas que dejan de trabajar ya no se presenta como un problema individual o de unos pocos. Hoy es un problema social, con un origen en la estructura de la propia sociedad a niveles de producción, que, por lo tanto, requiere un tratamiento social.

Por eso podemos afirmar hoy que la jubilación es algo más que un problema individual, que justifica y requiere una intervención institucional.

Esta intervención conlleva tres grandes ejes de actuación:

- En primer lugar, una mentalización social sobre este tema y la necesidad de prepararnos para vivir de manera positiva y activa esta realidad que se nos impone a todos.
- En segundo lugar, una toma de postura definida por parte de los poderes públicos, la Administración, los sindicatos, las entidades y los agentes socioculturales, de forma que promuevan instrumentos, plataformas de acción y alternativas para las personas que se vayan jubilando.
- En tercer lugar, los propios sujetos próximos a la jubilación deben iniciar una práctica cotidiana para encontrar intereses nuevos o para despertar sus posibilidades dormidas y no cultivadas durante sus años de trabajo.

La jubilación representa para la persona un cambio fundamental en su vida, ya que en la sociedad en la que vivimos uno de los valores principales es ser productivo. Por ello, la actividad laboral ocupa un lugar importante en su desarrollo. Prescindir de ella, sin solución de continuidad, para muchas personas representa un vacío.

Este cambio de su realidad exterior repercute en la totalidad del individuo en los niveles personal, familiar, económico y social. Por ello considero muy importante la preparación para la jubilación (cuando se está en activo) y es necesario orientar la formación del individuo para que pueda participar y sea consciente y libre de su realidad personal y social. Hemos de apuntar que preparar para la jubilación debe significar a la par preparar para la vejez.

Dicha preparación debe ser una de las etapas de la educación permanente, que no sólo incluye a la persona próxima a serlo, sino que debe extenderse ade-

más a todo el ambiente que le rodea, al grupo familiar (que también se ve afectado) y a la sociedad entera.

En el documento elaborado en la reunión celebrada en Estrasburgo por el Consejo de Europa (1977) en torno a este tema se nos dice:

> «Pasar de hoy a mañana de una vida enteramente consagrada al trabajo a una jubilación ocupada por el ocio implica una modificación completa de la organización de la vida. Algunos consideran la jubilación con una perspectiva desagradable y se niegan a pensar en ella. Otros aspiran a ella, pero pensando que es una cosa que 'sólo les llega a otros'. En nuestra sociedad, orientada hacia el trabajo, son numerosas las personas que no reaccionan de manera conveniente a las dificultades que suscita la jubilación, como también las que comprenden demasiado tarde que el trabajo no solamente aporta una renta, sino también un *status*, satisfacciones de disciplina y aun una rutina que acompaña. Cuando el trabajo cesa, nos parece que dejamos de ser miembros partícipes en el desarrollo de la sociedad.»

El Consejo de las Comunidades Europeas adoptó en diciembre de 1982 una Recomendación de Política Comunitaria en la que destacaba la necesidad de que los trabajadores, en el curso de los años que preceden al fin de la vida profesional, tuvieran acceso a los programas de preparación para la jubilación, inexistentes todavía en muchos Estados miembros.

José Hernando (1988, p. 4), en la obra «Preparación a la jubilación», nos dice que «la idea central gira en torno a dos aspectos fundamentales: crear la conciencia individual de que dejará de trabajar y, al mismo tiempo, orientarle sobre otras posibilidades que pueden realizarse al retirarse de su empleo». Prepararse para la jubilación es acercarse a otra actividad distinta a la profesional y esto exige entrenamiento, un verdadero aprendizaje, que supone tener interés para comenzar y, por supuesto, disponer de los instrumentos necesarios para poderlo llevar a cabo.

Ante el hecho de la jubilación se puede reaccionar de diversas maneras, adoptar distintas actitudes, elegir diferentes caminos; por ello es importante prepararse para esa etapa. Así pues, las jornadas de preparación o los cursos o seminarios que se organicen han de tener como principio educar para vivir la nueva etapa de su vida extralaboral.

Por otra parte, la pérdida del papel del trabajador activo (que suele desearse con tanta intensidad durante varios momentos de la vida profesional) provoca, sin embargo, algunos cuadros depresivos dados por factores varios, entre los que se destacan: la disminución de contactos con los colegas de trabajo, la pérdida del sentimiento de seguridad en tanto que se es miembro de la población activa y el cambio radical del ritmo de vida (Ministerio de Asuntos Sociales, 1988).

Dos campos hay que interesan y afectan enormemente a las personas en esta edad: el aspecto psicológico de preparación y la necesidad de información clara, autorizada y exhaustiva sobre temas prioritarios que preocupan ininterrumpidamente, como son la salud, los recursos, la vivienda y el tiempo libre.

Con el Plan de Preparación para la jubilación se trata de garantizar a la persona jubilada una mejor calidad de vida para su etapa de plenitud y que el proceso de envejecimiento sea normal y no patológico.

La atención y el énfasis en los valores positivos de cada persona, en juego, para adaptarla de manera agradable a la nueva situación tendrán un doble valor: por una parte, permitirán a quienes los reciben conservar la salud física y mental, enriquecer su patrimonio cultural y expresar su propio sentido creador; por otra, los animarán a intentar una contribución positiva a la sociedad en la que viven (Berzosa y Jordana, 1988).

El Consejo de Europa, en su reunión, señalaba que «la prevención es siempre preferible a la intervención curativa». Así, una política de preparación para la jubilación disminuye de manera cierta y evidente los gastos sociales de la nación, eleva el bienestar social en la familia y en la sociedad y hace más eficaz el trabajo de los inminentes jubilados en las respectivas empresas.

La preparación para la jubilación ha de situarse junto a la educación permanente, pretendiendo una continuidad en el tiempo, en la formación del hombre desde la edad preescolar. Hay que programar para que esto sea realidad; no obstante, hemos de buscar una alternativa a la situación actual que plantee la preparación de la jubilación a través de las empresas u otras instituciones (en España el INSERSO y ciertas empresas, como el grupo Endesa, ya han iniciado programas de preparación a dicha etapa), así como la elaboración de programas para cursos dirigidos a la formación de personal especializado y a su futura actuación como animadores.

Como ocurre en otros países, también en España se hace necesario un proceso de mentalización, ya que se precisa organizar cursos (seminarios, jornadas) para provocar en los interesados el deseo de asistir y tomar parte en esa formación.

He aquí una serie de motivos (algunos ya mencionados) que apoyan la preparación para la jubilación:

- El trauma que ocasiona la jubilación debe ser abordado gradualmente y con valentía mientras se tienen aún fuerzas y se está en activo.
- Se debe evitar una ruptura brusca que pueda ser origen de un elevado índice de mortandad en los dos años siguientes a la jubilación.
- El paso de una vida enteramente dedicada al trabajo a una jubilación ocupada por el ocio implica una modificación completa de la estructuración de la vida. Esta nueva situación merece ser minuciosamente preparada.
- Si el trabajo procura satisfacciones psicológicas y no sólo dinero, la pérdida del trabajo puede ser una privación dura. Si el trabajo es origen de frustraciones y descontento, puede caerse en el tedio una vez que han pasado las primeras alegrías de la jubilación.
- Es imprescindible conservar la salud física y mental y permanecer activos socialmente. Al mismo tiempo deben ser cubiertos los espacios libres antes dedicados a muchas horas de ocupación con temas que atraigan a la persona.

- Resulta necesario canalizar los sentimientos de inseguridad, inutilidad e improductividad con una inserción gradual en la sociedad, según un programa de vida diferente, que hay que aprender con anterioridad.
- Como un medio de mantener la independencia y el optimismo en esas edades, se les debe proporcionar los conocimientos precisos en materia de salud, economía, dinámica ocupacional, relajación, etc., evitando que la ociosidad les haga replegarse sobre sí mismos, con la posibilidad de agriar su carácter.

Se hace necesario despertar en los futuros jubilados las actividades de solidaridad que puedan ejercer con beneficios de la ciudadanía. Deben ser informados de los problemas, brindando soluciones a la disminución de sus facultades, sugerencias para el empleo de sus pensiones, orientación en cuanto a sus relaciones con sus hijos, las necesidades de vivienda (en los casos de aislamiento), la actitud ante el nuevo *status* social, etc.

También importa proporcionar, como señalan Berzosa y Jordana (1988), una instrumentación adecuada para vivir su retiro de una manera espiritual y agradable; que no se interprete como una desgracia, sino como un «júbilo», como algo deseado y aceptado plenamente por ellos y los suyos. Abrirles, así mismo, horizontes artísticos y culturales para que la nueva situación no sea meramente pasiva o de juegos sedentarios, sino que enriquezca su personalidad en el contacto con la nueva civilización, facilitando la convivencia intergeneracional.

En otra perspectiva, el caudal de experiencia que acumula la «tercera edad» representa una riqueza de valores humanos que, bien aprovechada, puede contribuir al enriquecimiento de toda la comunidad y, muy especialmente, de las generaciones jóvenes, pues tenemos mucho que aprender de nuestros mayores.

Una preparación para la jubilación eficaz se debe abordar desde una perspectiva global, atendiendo, por una parte, el aspecto psicológico de la vida del jubilado, su entorno y la influencia de su nuevo estado y tendiendo, por otra parte, de una forma peculiar, a una formación integral, ya que debe ser menos una enseñanza y más un descubrimiento progresivo de sus posibilidades para la mayor parte de los futuros jubilados (Ministerio de Asuntos Sociales, 1988). Tanto el Consejo de Europa como la Unesco y diferentes instituciones públicas y privadas europeas están de acuerdo en que los cursos de preparación para la jubilación son una alternativa válida a este desafío, ya que llenan las lagunas educativas y formativas que existen en la mayoría de las personas que se acercan a este momento de la jubilación.

Dentro de esta preparación, no podemos olvidar tampoco aquellas otras personas que ya se encuentran en los primeros años de jubilación y que están sufriendo de lleno los problemas de adaptación a su nueva situación.

Los poderes públicos en España tienen la misión, encomendada por el artículo 50 de la Constitución, de abordar toda la problemática de la «tercera edad» a todos los niveles.

Conviene tener en cuenta también para las entidades culturales privadas que pueden realizar programas-piloto en la preparación para la jubilación, extendiendo su acción cultural a las personas mayores, olvidadas muchas veces del ámbito de la educación permanente de adultos.

Es necesario iniciar una política de animación sociocultural que incida directamente en la preparación para la jubilación.

Bien es verdad que en España se han realizado pocas y contadas iniciativas en este sentido. Quizá hemos llegado un poco más tarde que otros países a esta problemática, pero no cabe duda de que estamos a tiempo todavía para responder al desafío que alrededor de cinco millones de personas nos presentan en la actualidad al estar viviendo la jubilación sin haber tenido una preparación específica para ella.

Por eso decimos que la experiencia está por desarrollar y que ha llegado el momento de iniciarla, entendiendo que la jubilación es un derecho y una necesidad en la sociedad moderna.

La Pedagogía Social tiene *responsabilidades* que asumir y *respuestas* que dar ante situaciones problemáticas de la «tercera edad» (Millán Arroyo, 1985; Quintana Cabanas, 1985). Y es necesario que abordemos el estudio de la Pedagogía Social, sus métodos específicos, la formación de educadores sociales en este ámbito y la creación de estructuras educativas para este sector de la población.

BIBLIOGRAFIA

Arroyo Simón, M. «¿Qué es la Pedagogía Social?» *Bordón,* 257, 1985, pp. 203-217.

Assemblee Mondiales sur le Vieillissement. *Education et personnes agees.* Vienne, 26 Juillet-6 Aout, 1982. París, Unesco, Documento ED-82/WS/27.

Berzosa Zaballos, G. «La tercera edad, tiempo para vivir». *Razón y Fe, 206,* 1982, pp. 3-25.

Berzosa, G. y Jordana, J. L. *La preparación a la jubilación.* Madrid, 1988.

Communautes Europeennes. «Recomendación del Consejo relativa a los principios de una política comunitaria de edad de jubilación». *Journal Officiel des Communautes Europeennes,* 18-12-1982, n.º L 357/27.

Commision des Communautes Europeennes. *Informe de la Comisión al Consejo sobre la aplicación de la Recomendación del 10-12-1982 relativa a la jubilación.* Bruselas, 2 de julio de 1986, COM (86) 365 final.

Consejo de Europa, *Preparación a la jubilación.* Estrasburgo, 1977.

De Beauvoir, S. *La vejez.* Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1979.

Del Campo, S. y Navarro, M. *Posición y problemática social de la tercera edad. Introducción a la Gerontología Social.* Madrid, Ins. Nac. Servicios Sociales, 1981.

Hernando, J. *Preparación a la jubilación.* Madrid, Endesa, 1988.

Messina, G. *La educación y los mayores: El caso de Chile.* Santiago de Chile, CIDE, 1981.

Ministerio de Asuntos Sociales (1988). *Curso de preparación a la jubilación.* Madrid, Ins. Nac. Servicios Sociales, noviembre 1988.

Ministerio de Cultura. *Tercera edad: Datos para un Libro Blanco.* Madrid, 1980.

Murga Ulibarri, M.ª T. y Berzosa Zaballos, G. *Acción cultural con adultos: el Aula de Tercera Edad.* Madrid, Ministerio de Cultura, 1981.

Quintana Cabanas, J. M. «Las funciones socioprofesionales del pedagogo». *Bordón, 257,* 1985, pp. 217-231.

Unesco. *Cuestiones educativas relativas a la tercera edad. Encuestas y estudios sobre la educación de adultos.* París, Unesco, 1979, Documento ED-79/WS/156.